LIBRO TERCERO.

RESULTADOS DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA.

CAPÍTULO ÚNICO.

§ 1. Guerras de invasión.

Hemos visto que los españoles realizaban sus conquistas haciendo á los naturales una guerra sin cuartel llevada siempre á sangre y fuego, y que en las luchas perecían lo mismo los indígenas que defendían su independencia como los que se habían entregado á los castellanos: "No hay para qué decir (escribe Alonso de Zurita) la multitud que se ha consumido y consume, llevándolos cargados á las conquistas y entradas, y otros para servicio de la gente de guerra, sacándolos por fuerza de su natural, y apartándolos de sus mujeres y hijos, deudos y parientes, y de ellos volvían muy pocos ó ninguno, porque *todos* perecían allá, ó por los caminos, ó en llegando á sus casas; y yo oí á muchos españoles decir en el Nuevo Reino de Granada, que de allí á la gobernación de Popayán no se podía errar el camino, porque los huesos de hombres muertos los encaminaba; y están en los caminos unas aves que en cayendo el indio le sacan los ojos, y lo matan y se lo comen..... y aconteció que indias que iban cargadas mataban las criaturas que llevaban á los pechos, y decían que no podían con ellas y con la carga, y que *no querían que viniesen sus hijos á pasar el trabajo que ellas pasaban.* Y en Guatimala oí decir á un procurador de aquella Audiencia, que siendo soldado, yendo á una entrada ó conquista, vió que atravesando una ciénega ó pantano se le cayó á un soldado (español) un daga y se le hundió en la ciénega, que como no la podía hallar, acertó á llegar una india con su carga

y una criatura á los pechos, y le tomó la criatura y echóla en el lugar donde se le cayó la daga, porque era ya noche, y la dejó allí plantada: y otro día volvió á buscar su daga, y decía que había dejado la criatura por señal. Y no hay para qué decir cómo los llevaban en colleras, y el tratamiento que les hacian por todo el camino, y cómo en cansándose el indio ó la india con la carga les cortaban la cabeza, por no pararse á desensartar la cadena, y repartían la carga en los demás." [1]

Natural era que consagrados todos los indígenas, unos á defender sus pueblos, y otros á servir á los españoles, tuviesen que dejar de cultivar sus tierras, con lo cual, una vez consumidas las provisiones allegadas de antemano, por fuerza sobrevenían la escasez y el hambre; el P. Motolinia pone así entre las diez plagas que asolaron á Nueva España en el tiempo de la dominación española, "una muy grande hambre luego como fué tomada la ciudad de México, que como no pudieron sembrar por las muy grandes guerras, unos defendiendo la tierra ayudando á los Mexicanos, otros siendo en favor de los Españoles, y lo que sembraban los unos los otros lo talaban y destruian, no tuvieron que comer; y aunque en esta tierra acontecia haber años estériles y de pocas aguas, otros de muchas heladas, los Indios en estos años comen mil raices y yerbecillas, porque es generacion que mejor que otros y con menos trabajo pasan los años estériles; pero aqueste que digo fué de tanta falta de pan, que en esta tierra llaman centli cuando está en mazorca, y en lengua de las islas le llaman maiz, y de este vocablo y de otros muchos usan los Españoles, los cuales trajeron de las islas á esta Nueva España, el cual maiz faltó en tanta manera que aun los Españoles se vieron en mucho trabajo por falta de ello." [2]

En ocasiones, cuando los indígenas no podían resistir de modo alguno al invasor, huían con precipitación suma á los montes; mas aunque independientes allí, su muerte era igualmente segura: ora sucumbían por falta de mantenimientos, porque pronto acababan con los silvestres que podían encontrar, ora les mataban las inclemencias de la intemperie, faltos de chozas donde abrigarse.

Por último, nunca dejaba de sobrevenir la peste, hermana inseparable del hambre; en México, por ejemplo, ambas calamidades hicieron tantas ó más víctimas que las guerras cotidianas.

1 178.
2 17.

§ 2. Conducta posterior de los castellanos.

No cesaban allí, sin embargo, las desdichas de las poblaciones de América.

No bien dominaban á una provincia los españoles, cuando ya se entregaban en ella al más licencioso desenfreno, y procuraban acaparar riquezas sin límite, todo á costa de los desdichados naturales que habían podido sobrevivir. Decía el bachiller Luis Sánchez: "todos quantos pasamos á las Indias, vamos con intencion de volver á España muy ricos, lo qual es imposible—pues de acá no llevamos nada y allá holgamos—sino á costa del sudor y sangre de los indios."[1] Manifestaba por su parte el oidor Salmerón: "Es imposible imaginar la avaricia, el desorden y la pereza de los españoles..... Si tienen repartimientos, no piensan sino en sacar de éstos el mayor partido posible sin preocuporse absolutamente del bienestar ó de la instrucción de los Indios. Si no les tienen, vienen desvergonzadamente á pedirnos con qué vivir." [2] "Como los españoles en aquel tiempo se veian señores de una tan extendida tierra, poblada de gente inumerable, y toda ella subjeta y obediente á lo que les quisiesen mandar, vivian á rienda suelta, cada uno como queria y se le antojaba, ejercitándose en todo género de vicios. Y trataban á los indios con tanta aspereza y crueldad, que no bastaria papel ni tiempo para contar las vejaciones que en particular les hacian."[3]

Es lo cierto que los castellanos esclavizaban á casi todos los indígenas de las provincias subyugadas, y les trataban peor que á bestias: en carta que hacia 1531 escribieron los oidores de México al monarca español, decían: "Aunque los Indios tuviesen antiguamente esclavos..... les trataban como á parientes y vasallos; los españoles les trataban como á perros;" [4] podemos juzgar más exactos á los dominicos residentes en la Española, quienes dijeron años antes: "Eran tenidos los perros (por los españoles) en *harta* más estima que no los indios, é más valian;"[5] también nos dice el P. Motolinia que los españoles "estimaban (á los naturales) en menos que á bestias."[6]

Efectivamente, hemos visto en los capítulos anteriores que así pasa-

1 Docs. de América, XI, 163.
2 En Recueil, II, 184
3 Mendieta, 311.
4 En Recueil, II, 176-77.
5 Varios padres, 404.
6 18.